

Opinión del redactor

La última cumbre

La última vez que ocupé este espacio aseguré que Daniel Ortega iba a ganar las elecciones en Nicaragua.

El asombro no se me pasa, y supongo que a la misma Violeta Barrios tampoco. En todo caso, quien ahora me diga que sabía que la oposición iba a ganar no podrá convencerme (salvo por las dos o tres excepciones de siempre).

Eso me ocurre por atrevido. En este mundo tan cambiante, no me pasó por la mente el factor sorpresa. Esperemos que se justifique mi alegría por este resultado, aunque fuera adverso a mi frustrada incursión en el campo de la predicción y el adivinamiento.

Aprendida la lección, sigamos adelante.

Hace solo tres días los presidentes centroamericanos se reunieron otra vez, pero ahora más que mandatarios parecían familiares con mucho tiempo de no verse.

Ortega en particular, que ahora se graduó en el asunto de las elecciones, era como la oveja descarriada que volvía al redil. Cómo quien dice, todos hermanitos.

Sin embargo, queda algo muy importante por pronosticar, y es que definitivamente la situación política favorable que se vive en Centroamérica está prendida de la punta de un dólar.

La palabra paz es ahora sinónimo de desarrollo.

Honduras y Nicaragua son dos de las naciones más pobres de la tierra; poseen, junto con Guatemala, uno de los índices de crecimiento demográfico más altos del orbe; la deforestación — aún en Costa Rica — es espeluznante, y por ahí podríamos seguir.

Puede considerarse como una apuesta segura el impulsar la unidad centroamericana y el crecimiento económico a cambio de sostener este desarrollo democrático y pacifista; si no, que el Señor nos agarre confesados, pues la decepción en todos los pueblos del istmo puede ser irreparable.



MARCO
BERMUDEZ R.